

lidia manzoni

diez años después una italiana en tlatelolco

México 1968. Vivíamos desde la primavera en el edificio Chihuahua, en el quinto piso. En septiembre, ya habíamos asistido desde las ventanas a un acto de agresión contra los estudiantes que ocupaban la Vocacional Siete: un día como a las cinco de la mañana, un grupo de jóvenes atravesó corriendo la plaza en el intento de escapar a unos hombres vestidos de civil que disparaban con ametralladoras. Pero aquel 2 de octubre salí de casa bastante tranquila: las Olimpiadas estaban próximas; habían llegado las delegaciones extranjeras, y los amigos mexicanos nos aseguraban que ya nada grave podría suceder. Todo es posible en la paz; también un diálogo entre el Gobierno y el pueblo.

Salí, pues, bastante tranquila, poco después de medio día. Me acababan de entregar la nueva cuna para mi niño de cuatro meses, y necesitaba sábanas y cobijas de medida adecuada. Anduve algunas horas por el centro sin darme bien cuenta de la hora; finalmente, me encontré cerca del Zócalo con un gran paquete de ropa blanca entre los brazos y algunas gotas de lluvia en la cara. Miré a mi alrededor preocupada: era tarde y quería volver a casa cuanto antes. Milagrosamente se acercó un taxi y lo tomé. Di la dirección de Tlatelolco, Plaza de las Tres Culturas. El taxista no hizo ninguna objeción. Poco después miré el

reloj: eran casi las cinco, hora en que debía empezar la manifestación. Le dije al chofer que me dejara en la avenida Nonoalco, ahí donde empieza la calle que lleva al estacionamiento interior. Llegamos; todo parecía tranquilo. Alcancé a ver que en la Plaza había ya mucha gente. Me dirigí a pie hacia el edificio Chihuahua, bordeando el jardín de Santiago y el edificio Guanajuato. Al llegar ahí vi un helicóptero que sobrevolaba la iglesia y la Plaza a muy baja altura. Empecé a alarmarme.

Era yo muy pequeña cuando viví algunos meses en una ciudad asediada por los bombardeos, y conservo desde entonces un vago malestar ante todo lo que vuela no muy lejos de mi cabeza. Pero mi malestar se volvió ciego y agudo terror al ver que del helicóptero se desprendía una bengala verde. No sé qué recuerdos o reflejos subconscientes actuaron en mí en ese momento; sólo sé que se me cerró la garganta y que me eché a correr desesperadamente a pesar del gran paquete que llevaba. Ni siquiera busqué las escaleritas del estacionamiento; salté el pequeño muro y logré ponerme a salvo detrás del edificio Chihuahua cuando ya se desencadenaba la balacera. Sabía que los ascensores estaban bloqueados; me lancé por las escaleras y en la última carrera llegué al departamento.

Ahí estaban mis niños, tranquilos, en compañía de una india vieja que desde hacía pocos días estaba a nuestro servicio. Pre-

gunté por la niña de cinco años, hija de una vecina, que debía haber ido a jugar con la mía esa tarde. La niña no estaba, y me alegré de ello. En los primeros momentos el ruido de la balacera era tan fuerte que debíamos gritar para oírnos. Me asomé a la ventana. (Hacia pocas semanas que vivíamos en un departamento situado en la parte posterior del edificio). Vi las balas que se aplastaban contra el muro rojo de la casa de enfrente. Con un rápido cálculo balístico me di cuenta de que estábamos en una situación privilegiada, con poca probabilidad de que entraran los proyectiles en el departamento. (El cálculo se reveló en parte equivocado: más tarde entraron dos balas que habrían podido matarnos).

Tranquilizada sobre la situación de los niños, quise darme cuenta de lo que sucedía: entré entonces en el departamento contiguo, donde habíamos vivido hasta mediados de septiembre y del que tenía aún las llaves. Las ventanas de ese departamento daban directamente sobre la Plaza. En la luz ya declinante me asomé con cuidado: la Plaza antes atestada estaba casi desierta; sólo había algunas decenas de personas tendidas en el suelo en una esquina. El tiroteo se había calmado por un momento; en la Plaza alguien trató de deslizarse hacia el borde y dejarse caer en el césped de la zona arqueológica que queda a un nivel más bajo, para ponerse a salvo. Un hombre, incluso se levantó y trató de huir. Del fondo partieron algunos disparos precisos.

Volví a la seguridad de mi casa preguntándome desesperadamente qué podía yo hacer. Nada; no había nada que hacer. Seguí verificando la trayectoria de las balas para asegurarme que mi vida y la de mis hijos no estaban en peligro inmediato. Pero ¿los otros? Eran quizá las siete; ya estaba oscuro. Me cambié el sueter rojo que llevaba por uno negro y, arrastrándome por el piso, me aventuré hasta el rellano del ascensor. Nadie. En el barandal de hierro, las balas habían abierto absurdas flores metálicas. De la escalera venía un rumor confuso; bajé unas pocas gradas y me encontré con un grupo de hombres, cinco o seis, pistola en mano. De momento me alegré: pensé que los estudiantes intentaban la resistencia, pero me desengañé en seguida: me empujaron contra la pared apuntándome las armas a la altura del estómago, y me di cuenta de que eran demasiado viejos para ser estudiantes. Noté además que las pistolas eran perfectamente iguales; si fuese el armamento improvisado de estudiantes atacados sorpresivamente, no hubiera sido tan rigurosamente la ordenanza. Mientras me interrogaban —quién era, donde vivía— noté también, pero sin deducir las consecuencias unos pañuelos o algo blanco. No dispararon. Me ordenaron que volviera a mi casa y no me moviera. Eso no era posible. Recordé en ese momento que mi marido me esperaba con unos amigos en

un restaurante del centro. Toqué a la puerta de la vecina de enfrente para que me permitiera usar el teléfono (yo aún no lo había conseguido). La vecina temblando de miedo me abrió la puerta y me indicó el teléfono, advirtiéndome que no se lograba ninguna comunicación. Yo tampoco la logré.

Con la vecina observamos con cautela la situación de la plaza: a la entrada de las oficinas parroquiales, una luz encendida permitía entrever montones de cuerpos indiferenciados. El tiroteo continuaba.

Varias veces fui al departamento de la vecina, dejando mi puerta abierta para poder regresar enseguida. Eran cerca de las ocho cuando escuché una especie de lamento por las escaleras. Me asomé: era otra vecina, madre de la niña que debía haber ido a mi casa esa tarde. La mujer, embarazada de ocho meses, había salido para ver al médico, dejando a la niña con una criadita de catorce años. Al regresar se encontró con ese infierno en la Plaza. Logró, sin embargo, que la dejaran pasar y, escoltada por un soldado, se había aventurado entre las balas, llevando su pesado vientre por varios tramos de escaleras. Mi puerta abierta le pareció la salvación; pero cuando vio que su hija no estaba, entró en crisis. Hice que se tendiera en la cama, le di un té de manzanilla y quizá también un par de bofetadas, a falta de



otros calmantes. La mujer seguía gritando desazonada. Traté de asomarme para pedir ayuda; estaba enterada de que ese niño no podía nacer normalmente (un parto normal, al fin, podía afrontarse), y que estaba prevista la operación cesárea.

La situación se volvía angustiosa. De la Plaza seguían disparando, pero ya no una masa indiscriminada de fuego, sino breves ráfagas precisas dirigidas a objetivos determinados. Si me hubiera asomado, mi cabeza habría sido un objetivo inmediato. Regresé angustiada al departamento para verificar mi reserva de medicinas, y cerca de la puerta me asombró un extraño brillo: era una bayoneta calada. Acurracado en una esquina, semioculto, estaba el soldado que había acompañado poco antes a la vecina embarazada. Levantó hacia mi un rostro inberbe, palidísimo, trastornado, con grandes ojeras moradas. ¿Terror o droga? Lo hice levantarse y lo empujé hacia fuera; no lograba hablar. Se fue, arrastrando el fusil más alto que él.

Poco después, mientras la mujer seguía lamentándose agitada, se oyeron pisadas por las escaleras. Traté de escuchar: llamaban a todas las puertas. También a la mía le llegó su turno: era la Cruz Roja que recogía muertos y heridos en los departamentos. No me pareció oportuno pedir su asistencia, pero pensé que si circulaban los enfermeros, la zona podía considerarse por el momento segura y yo también podía salir a buscar a la niña. Escribimos un mensaje para el padre y me lancé por las escaleras. El departamento estaba en un piso muy alto, acribillado por balas de varios calibres. La niña y la pequeña criada se habían refugiado en el baño y estaban a salvo, aunque aterrorizadas. El problema era cómo bajar, dado que estábamos obligadas a atravesar una de las grandes terrazas expuestas a los tiros. Decidí bajar al noveno piso y me eché a correr, arrastrando a la niña a lo largo de la pared del fondo. Una ráfaga de ametralladora desprendió algo del repello de la pared. Las ráfagas continuaban mientras nos dirigíamos a la escalera, y yo convulsivamente echaba a la niña al suelo, me tendía sobre ella, y dos hombres de la Cruz Roja se echaban sobre mí: una patética y ya inútil pirámide; estábamos a salvo. Llegamos a mi departamento; la madre se tranquilizó en seguida, y yo también. Era tarde. Mi vieja india había permanecido impasible. Preparamos algo para cenar para las niñas y el biberón para el bebé. Teníamos agua y luz.

Se escuchaba aún algún tiro aislado, pero parecía que lo peor ya había pasado. Después de cenar arreglé un catre para la pequeña huésped y los niños se durmieron tranquilamente, no sin antes el cuento cotidiano. Mi hija tenía un año y ocho meses: no habría entendido por qué esa noche era diferente a las demás.

Llegó finalmente, hacia las nueve, el marido de la vecina. Era un alto magistrado, y nos contó vibrante de indignación que

había visto a los soldados despojar a los cadáveres y saquear las tiendas. Bajó para hablar con algún oficial y tratar de que cesara ese escándalo. No me fijé cuando regresó: me estaba ocupando de la mujer que se sentía mal. Llamaron entonces a la puerta un oficial con dos soldados que pretendían entrar. Yo no me había dado cuenta de nada, lo supe después por la criada. Pero yo también empezaba ya a estar muy nerviosa: eran casi las diez y sin duda mi marido venía hacia la casa, alarmado por mi ausencia en el restaurante. Pensaba, para animarme, en su larga experiencia de guerra; pero el miedo es un gusano sutil del que es difícil librarse. De improviso, el tiroteo se reanudó, tupido, salvaje, terrible. Las balas nos embestían de todos lados, nos sentíamos presas enjauladas. Sacamos a los niños de la cama, los metimos en un closet y nos apretamos todos en una breve franja del pasillo, que era la parte más resguardada de la casa. Entraron algunas balas, caían pedazos del revestimiento de los muros; yo pensaba en mi marido, que probablemente estaba cerca. Y pensaba en mi madre que durante largos años de guerra había soportado todas las noches bombardeos aún peores. No me permití el miedo. Intuía que a esa terrible, despiadada intimidación, la única respuesta posible era el valor, una especie de desafío interior. Querían vernos humillados y vencidos por el terror; responderíamos con la calma, continuando nuestra vida cotidiana. Sigue la vida en Tlatelolco. Quien vive recuerda.

Media hora duró esa última arremetida feroz. Atacado por los cuatro lados y ametrallado también desde el cielo, el edificio Chihuahua era casi una ruina. El agua de los tinacos corría por las escaleras. Entre tanta desolación y tanta rabia, fue grande la felicidad de ver llegar a mi marido. Él confirmó que había visto los cadáveres amontonados en la Plaza y que el tiroteo seguía más lejos.

Pasó la noche. Desperté a las seis de la mañana. Un hombre, de civil, lavaba los grandes charcos de sangre en la plaza. Algunas familias se iban. Tlatelolco estaba en estado de asedio: en cada una de las terrazas había un destacamento de soldados. Sali a comprar algo de comida; al regreso, no querían dejarme pasar. Hacia mediodía, mi niña, acostumbrada al paseo y los juegos de siempre, quiso bajar. Fiel a la consigna que me había impuesto —la vida sigue en Tlatelolco— salí con ella. Dos soldados nos escoltaron. El campo de juegos estaba desierto. La niña, encantada de tener todos los columpios a su disposición, lanzaba gritos de alegría. A los lados del columpio, los dos soldados, ametralladora en mano, eran el símbolo de la ferocidad, la estupidez y el miedo.

(Traducción A.F.)